

# Los orígenes de la dominación masculina: una perspectiva materialista sobre la emancipación de la mujer

## Una lectura de *Féminicène* de Vera Nicolski

Ermelinde Malcotte

19 de enero 2025

«La agitación de las mujeres nunca ha sido más que una agitación simbólica; sólo han ganado lo que los hombres han estado dispuestos a concederles; no han tomado nada: shan recibido».

Simone de Beauvoir, *El Segundo sexo*, 1949.

### Introducción

En este artículo he querido reseñar un texto feminista de gran originalidad y rigor intelectual publicado en Francia en 2023 por Véra Nicolski y titulado *Féminicène*. En su argumentación, esta autora francesa de origen soviético se basa en una gran cantidad de datos científicos para desarrollar una concepción materialista de la dominación masculina y de la emancipación de la mujer. Para no abrumar al lector con un texto excesivamente largo, he decidido dividirlo en tres artículos. Esta primera parte examina los orígenes de la dominación masculina y pone en primer plano una cuestión que las feministas occidentales suelen negarse a abordar: la influencia de las condiciones materiales de existencia en la condición de la mujer. En un segundo artículo, describiré las condiciones de emancipación de las mujeres, también desde un punto de vista materialista y dialéctico, y en un tercero, abordaré las perspectivas políticas necesarias en un momento en que la crisis climática y la crisis de acceso a los recursos naturales (en particular la energía) van a perturbar radicalmente nuestras condiciones materiales de existencia.

La perspectiva materialista elegida aquí tiene la ventaja de no considerar que las condiciones de vida de las feministas occidentales de clase media acomodada son las de todas las mujeres del planeta. También hay que señalar que, como europea, baso mi análisis en las realidades occidentales, que son muy diferentes de las que viven las mujeres del Sur Global. Sin embargo, gran parte de este artículo está dedicado a la historia larga, basada en fuentes antropológicas y paleontológicas que abarcan todas las civilizaciones de la historia de la humanidad. Las especificidades de la historia contemporánea, sobre todo en relación con el imperialismo y las ventajas que aporta a los pueblos occidentales, se tratarán en apartados posteriores.

Esta primera parte tiene su origen en el famoso libro de Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, del que generalmente sólo conocemos el segundo volumen, que se abre con la conocida frase: “no se nace mujer, se llega a serlo”. Contrariamente a este lugar común del feminismo, Vera Nikolski ancla su análisis en el primer volumen de *El segundo sexo*, cuyo provocador exergo de este texto expresa su sustancia.

Se trata, pues, de volver a examinar los fundamentos de la dominación masculina, de comprender cómo hemos alcanzado hoy una cierta liberación de la mujer y, sobre todo, de prepararnos para futuros acontecimientos que bien podrían ponerla en peligro.

### **1. ¿Es la emancipación de la mujer producto de las luchas feministas?**

El discurso feminista dominante en Occidente afirma que la emancipación de la mujer es el resultado de las luchas feministas. Del mismo modo que las luchas de liberación nacional o las luchas obreras pusieron fin al colonialismo o abrieron derechos a los proletarios, se dice que las mujeres se han liberado gracias a sus movilizaciones sociales.

Pero el problema de estos discursos es que la eficacia de las luchas se postula en lugar de deducirse: hay una naturalización de la relación causal entre movilización y emancipación. Se trata de una postura idealista: se dice que el poder de una idea (la igualdad entre hombres y mujeres) se ha impuesto gracias a la movilización.

Pero surge la pregunta: ¿el feminismo produce la emancipación de las mujeres (causalidad) o la acompaña (concomitancia)?

Para intentar desentrañar esta importante cuestión, conviene recordar que, en la historia de la humanidad, la emancipación de la mujer ha sido un proceso fulgurante. Los primeros escritos feministas occidentales datan del siglo XIX, al igual que las primeras acciones colectivas y la propia aparición de la palabra “feminismo”. Y fue en los años setenta cuando el feminismo se convirtió en un movimiento de masas, con manifestaciones a gran escala y batallas jurídicas y administrativas.

Por tanto, esta historia sólo tiene cincuenta años (cuando el feminismo se convirtió en un movimiento de masas), o ciento cincuenta años si optamos por centrarnos en las primeras leyes a favor de las mujeres, o doscientos treinta años (durante los primeros estallidos que acompañaron a la Revolución Francesa). Comparado con los milenios de dominación masculina, no es mucho tiempo. Como dice el antropólogo Emmanuel Todd (que se interesa por el largo plazo): “en setenta años se han derribado concepciones que se remontan a más de cien mil años” [TODD 2022, p. 18].

Es más, no fue necesario ningún enfrentamiento sangriento para abrir el camino a la emancipación de la mujer. Para continuar con la cita de Simone de Beauvoir ya mencionada aquí:

“Los proletarios hicieron la revolución en Rusia, los negros en Haití, los indochinos luchan en Indochina: la acción de las mujeres nunca ha sido más que agitación simbólica; sólo han ganado lo que los hombres estaban dispuestos a concederles; no han tomado nada: han recibido.”  
[BEAUVOIR 1976, p. 21.]

Sin embargo, los movimientos subversivos sólo ganan concesiones de los grupos dominantes en las luchas por el poder. No obstante, la historia del feminismo y de la emancipación de las mujeres no registra luchas tan sangrientas, violentas e implacables como las luchas de liberación nacional en Argelia, Indochina, Vietnam o Palestina. Tampoco pueden equipararse a las luchas obreras de los siglos

XIX y XX<sup>1</sup>. En realidad, las feministas han actuado sobre todo en el terreno de las ideas y las representaciones. Pero las ideas por sí solas no constituyen una relación de fuerzas.

Es cierto que las mujeres han participado junto a sus compañeros masculinos en las grandes huelgas de la historia de los países occidentales y se han beneficiado de los avances del proletariado. Pero no se trataba de un movimiento feminista: las reivindicaciones concernían a toda la clase obrera. Por otra parte, las huelgas exclusivamente femeninas fueron raras y localizadas.

Entonces surge la pregunta: ¿cómo ganaron las feministas?

Porque es innegable que el progreso ha estado desconectado de la movilización. En Europa, muchas leyes igualitarias fueron aprobadas por hombres en asambleas estrictamente masculinas (leyes sobre la igualdad cívica y política, leyes sobre la educación de las niñas, el derecho de las mujeres al trabajo) sin haber sido precedidas de grandes luchas feministas. Si tomamos el ejemplo de la Comuna de París (1871), las mujeres que participaron en ella fueron vilipendiadas y el movimiento socialista, inicialmente atraído por el movimiento feminista, se distanció más tarde de él. En Europa, la política seguía siendo cosa de hombres. Y sin embargo, fue en este contexto en el que se adoptaron una serie de medidas emancipadoras.

Hay que concluir de ello que la emancipación de la mujer se parece más a un proceso histórico global e inexorable, independiente en gran medida de contingencias coyuntural y voluntades aisladas.

Así pues, la pregunta sigue siendo: ¿qué factores son responsables de la emancipación de la mujer? Para responder a esta pregunta, primero tenemos que entender de qué tuvieron que liberarse.

## **2. Los factores determinantes de la dominación masculina**

La dominación masculina es una invariante histórica y es notable que ninguna otra desigualdad sea universal. Por supuesto, existen diferencias de grado que se expresan en la diversidad de las estructuras familiares desde la prehistoria hasta nuestros días. El “patridominio”<sup>2</sup> que caracterizaba el pasado es lo que ha puesto en tela de juicio la emancipación de la mujer.

La dominación masculina como invariante universal de la historia y la prehistoria se caracteriza por la división sexual del trabajo, el monopolio masculino de la caza y la guerra, y la consiguiente teorización de la superioridad del hombre sobre la mujer.

El concepto de “valencia diferencial de los sexos”, desarrollado por la antropóloga Françoise Héritier [1996], significa que las diferencias biológicas entre los machos y las hembras de la especie humana se

---

<sup>1</sup> Por ejemplo, el movimiento sufragista es edificante por su popularidad, su capacidad de movilización, el gran número de trabajadoras implicadas y la violencia política que generó [ROCHEFORT 2018, p. 61]. Sin embargo, el movimiento sufragista no puede compararse, ni en número ni en violencia, con las grandes huelgas obreras o los movimientos de liberación nacional, ni siquiera con las revueltas de los pobres que periódicamente sacuden la historia.

<sup>2</sup> Prefiero el término “patridominio” a “patriarcado” que, en antropología, se refiere a las estructuras familiares más opresivas para las mujeres, a saber, la familia comunitaria, una estructura familiar compleja en la que conviven varias generaciones bajo la autoridad del patriarca. Las feministas occidentales han generalizado el término “patriarcado”, que sólo debería aplicarse al estatus extremadamente degradado de la mujer en estas estructuras familiares concretas. El término “patridominio” es más correcto y permite matices históricos y geográficos. Así pues, el patriarcado no es universal, pero la patridominancia sí.

han reflejado desde el principio de la humanidad, y hasta hace poco, en una jerarquía social de roles sexuales y una relación de poder entre un sexo y otro.

Dado que la dominación masculina es una constante antropológica, se plantea la cuestión de la causa de la desigualdad entre hombres y mujeres.

### **a. La dominación universal de la caza por los hombres**

Para arrojar algo de luz sobre esta cuestión, analicemos la práctica de la caza en las sociedades de cazadores-recolectores.

El antropólogo George Peter Murdock ha creado una base de datos etnológicos autorizada en la que figuran más de 1.300 pueblos. A partir de estos datos, el antropólogo Emmanuel Todd elaboró mapas que muestran la distribución de los rasgos sociales, y resulta que la caza es la que no conoce “ninguna variación [...] Siempre son los hombres los que cazan [...] El nivel de homogeneidad en la caza es asombroso”. [TODD, 2022, p. 160]

Este hecho antropológico provoca un gran malestar entre las feministas occidentales porque afecta a la línea de división entre innato y adquirido (o naturaleza y cultura), que históricamente ha estado implicada en muchas aberraciones científicas, especialmente en las teorías racistas. Por ello resulta difícil establecer un diálogo entre las ciencias sociales y las ciencias naturales. El constructivismo (es decir, la metodología en la que se basa el feminismo occidental contemporáneo) tacha de reaccionaria cualquier referencia a la naturaleza. Esta desconfianza totalmente legítima hacia “todo lo biológico” conduce sin embargo a la posición errónea de afirmar, por el contrario, que todo es una construcción social.

Para entender bien este debate, hay que señalar algunas de las tautologías en las que caen las feministas occidentales cuando se niegan a considerar que la diferencia biológica entre los sexos pueda estar implicada en la dominación masculina. Paola Tabet [1979], por ejemplo, ve en la monopolización por parte de los hombres de herramientas letales la razón de la dominación. Pero, ¿cómo impusieron este monopolio? Colette Guillaumin [1978] explica que la relación social de apropiación (que ella denomina “sexaje” en referencia al término francés de “*esclavage*”) fue decisiva. Pero, ¿qué permitió a los hombres establecer este equilibrio de poder? Estas teorías caen en una aporía por su rechazo sistemático a referirse a la diferencia biológica entre los sexos.<sup>3</sup> Y sin embargo, la universalidad del fenómeno de la dominación masculina hace imposible remitirse a causas coyunturales para explicarlo.

“El monopolio ideológico masculino de la caza puede verificarse para todos los pueblos del mundo, que divergieron espacialmente en fechas

---

<sup>3</sup> También existe la teoría del acaparamiento de proteínas por parte de los humanos, desarrollada por Priscille Touraille [2008], pero que dista mucho de ser objeto de consenso entre los paleoantropólogos. Para una refutación, véase [NICOLSKI 2023, p. 63]. Otras feministas abordan el problema desde otro ángulo: rechazan la universalidad de la dominación masculina argumentando que existieron sociedades matriarcales. Sin embargo, estas afirmaciones son refutadas por el consenso en paleoantropología, que acepta la existencia de sociedades matrilineales o matrilocalizadas en las que la dominación masculina estuvo siempre y constantemente presente. Lo mismo ocurre con el artículo de Randall Haas “Lady Sapiens” [2020], que ha tenido un gran impacto entre las feministas, pero que ha despertado sospechas entre los paleoantropólogos, incluso feministas, que denuncian sus flagrantes defectos metodológicos [AUGEREAU et al. 2021]. En realidad, las mujeres que ocupan posiciones masculinas dentro de la división sexual del trabajo (como la guerrera vikinga de la tumba de Birka descubierta en 2017) son excepciones estadísticas.

diferentes, desde 100.000 a. C. si tomamos como punto de partida la salida de África, 200.000 o 300.000 a. C. si tenemos en cuenta las separaciones intraafricanas anteriores. Este monopolio ideológico se observa también entre los aborígenes que llegaron a Australia hacia el 60.000 a. C., y los indios americanos que cruzaron el estrecho de Bering hacia el 15.000 a. C. a más tardar. Por tanto, esta mutación “ideológica” se produjo en la fuente, en el origen mismo de la humanidad, y quedó fijada, ya que sigue encontrándose en todas partes 3.000 generaciones después. En este contexto, calificar la división sexual del trabajo de “ideológica” y no de “natural” es jugar con las palabras. La universalidad del monopolio masculino de la caza me parece muy cercana a otros universales como: los hombres pueden aprender a hablar, tienen pulgar oponible y ven mal en la oscuridad.” [TODD 2018, p. 169]

Así, al proponer explicar el origen de la dominación masculina por construcciones estrictamente ideológicas o prohibiciones sociales, las feministas occidentales adoptan una posición tautológica de la historia humana, en la que un fenómeno importante no tiene causa y solo debe explicarse por sí mismo.

Las razones de la división sexual del trabajo son muy sencillas y no requieren hipótesis complejas. La explicación se encuentra en algún punto entre los dos extremos (innato y adquirido, natural y cultural) y puede encontrarse en los trabajos de la mayoría de los antropólogos. El monopolio de la caza y la guerra, así como el estatus superior de los hombres, son consecuencia de las limitaciones físicas de las mujeres.

### **b. Las condiciones materiales de existencia**

Este análisis materialista y dialéctico da pues todo su alcance a las condiciones materiales de existencia. Hasta la revolución industrial, la escasa rentabilidad del trabajo obligaba a nuestros antepasados a explotar al máximo las ventajas comparativas de cada sexo para garantizar su supervivencia y la de sus hijos, que, a diferencia de otros animales, dependen de los adultos durante un período excepcionalmente largo.

Las diferencias biológicas entre hombres y mujeres, que en nuestras sociedades contemporáneas parecen mínimas, tenían sin embargo una importancia considerable en tiempos de escasez absoluta y con muy pocas herramientas.

Estas diferencias biológicas son, por supuesto, la diferencia de fuerza entre hombres y mujeres<sup>4</sup>, pero sobre todo el hecho de que las mujeres se reproducen en su propio cuerpo (embarazo) y alimentan a sus hijos durante un tiempo relativamente largo con su propio cuerpo (lactancia).

“Si observamos toda la historia de la humanidad, la profundización de la división del trabajo parece ser la clave del fantástico aumento de la productividad. Entonces, ¿cómo es posible que el primer paso en esta dirección, por pequeño que fuera, no haya tenido ningún impacto

---

<sup>4</sup> Me refiero a la diferencia estadística de fuerza entre hombres y mujeres. Siempre es posible encontrar unas mujeres más fuertes que los hombres, pero de media, en grandes poblaciones, las mujeres tienen menos fuerza.

positivo? Si, desde nuestro punto de vista contemporáneo, la división del trabajo del Paleolítico o de los cazadores-recolectores actuales, limitada más o menos a dos grupos, parece rudimentaria, probablemente fue un avance decisivo en su momento”. [DARMANGEAT 2022, p. 205].

Las feministas occidentales niegan estos dos elementos clave de la ventaja comparativa de los hombres: el dimorfismo sexual y el impedimento a la movilidad que supone el parto.

Aunque las mujeres paleolíticas no tenían tantos hijos como las de las sociedades agrícolas posteriores, transcurría una media de cuatro años entre cada embarazo.<sup>5</sup> Esto significaba que las mujeres, incluso las que estaban en excelentes condiciones físicas, no podían viajar sin sus hijos, mientras que la caza mayor podía durar varios días.<sup>6</sup> Una mujer que no estuviera embarazada o amamantando podía sin duda cazar tan bien como los hombres, pero *como grupo* no podían especializarse en estas tareas, que requerían una disponibilidad total para los viajes largos.

“El control [de los hombres sobre las mujeres] es posible gracias a la desventaja que duplica el poder de la fecundidad: las mujeres embarazadas o lactantes tienen menos movilidad que los hombres. Se ha demostrado que entre los bosquimanos, cazadores-recolectores nómadas sin animales domésticos que les proporcionen leche, un hombre recorre entre cinco mil y seis mil kilómetros al año, y una mujer entre dos mil y tres mil. [...] Esta restricción de la movilidad no implica inferioridad de aptitudes físicas (ni, a fortiori, de aptitudes intelectuales), pero debió conducir a un cierto tipo de división del trabajo en el seno de las sociedades prehistóricas de hombres salvajes, cazadores-recolectores, que dependían únicamente de la naturaleza [...]. A los hombres la caza de grandes animales y la protección de los desarmados contra los depredadores de todo tipo, a las mujeres la vigilancia de las crías no destetadas y la recolección de recursos alimenticios de más fácil acceso que la caza mayor (no se caza fácilmente con un bebé aferrado al costado): una división que surge de limitaciones objetivas y no de las predisposiciones psicológicas de uno u otro sexo a las tareas que se les asignan de

---

<sup>5</sup> Este periodo de cuatro años entre embarazos puede parecer largo a falta de medios anticonceptivos eficaces, pero se explica sobre todo por la prolongación de la lactancia materna, ya que la alimentación de estas sociedades de cazadores-recolectores, que comían muy pocos cereales, no permitía destetar a los niños antes de cierta edad.

La llegada del Neolítico empeoró la situación de las mujeres, ya que las nuevas condiciones materiales aportadas por la agricultura y la sedentarización provocaron un fuerte aumento de la natalidad y la mortalidad infantil. Los bebés se destetaban antes gracias a la posibilidad de alimentarlos con papillas y gachas, y las madres se beneficiaban de un mayor aporte calórico, lo que reducía la amenorrea posparto [HARARI 2015, p. 111]. Al mismo tiempo, el sedentarismo se caracterizó por un fuerte aumento de las enfermedades infecciosas (zoonosis producidas por el contacto con animales domésticos, contaminación del agua potable, etc.). A partir del Neolítico, las mujeres empezaron a concebir una media de un hijo al año, lo que aumentó aún más las dificultades físicas asociadas al embarazo. Al mismo tiempo, la sedentarización se caracterizó por un aumento de la complejidad de las estructuras familiares, lo que acentuó la dominación del hombre sobre la mujer.

<sup>6</sup> La feminista Titiou Lecoq explica que la presencia de las abuelas permitía a las mujeres ir de caza con los hombres, pero el análisis de los esqueletos paleolíticos muestra claramente huellas de lanzamientos repetidos por parte de los hombres, pero no de las mujeres.

este modo, ni de ninguna limitación física impuesta por un sexo sobre el otro.” [HÉRTIER 1984]

### c. El “imperialismo del alma humana”

Por supuesto, la explicación de la dominación masculina no puede limitarse únicamente a factores biológicos: la diferencia entre los sexos y sus ventajas comparativas, así como la división sexual del trabajo resultante, se tradujeron inmediatamente en términos normativos, es decir, culturales. Simone de Beauvoir se refiere al “imperialismo del alma humana” [BEAUVOIR 1976, p. 104], que transforma toda ventaja en una herramienta para oprimir a los demás. Así, a las opciones dictadas por la necesidad se les asignó un destino.

De tal forma, el monopolio de la caza se concibió como un derecho, y el consiguiente monopolio de las armas se convirtió en monopolio de la violencia y, por tanto, en posibilidad de apremiar a las mujeres. Los hombres se resistían a renunciar a este control y lo justificaban equiparando la diferencia entre los sexos con la inferioridad de las mujeres.

### 3. El tabú de la biología

La explicación aquí propuesta no excluye ni los factores naturales (la particularidad biológica del proceso reproductivo de la especie humana) ni los factores sociales que confieren a las jerarquías resultantes una fuerza prescriptiva autónoma.

Sin embargo, estos análisis son muy criticados por las feministas occidentales. Esta crítica tiene fundamentos perfectamente legítimos (las derivas científicas que naturalizan las desigualdades sociales), pero la crítica del “todo biológico” las ha llevado desgraciadamente a negar la influencia de la biología en la dominación masculina.

En realidad, el género humano, siendo lo que es, no habría podido organizarse desde el principio (y durante mucho tiempo) de un modo más favorable a las mujeres. Esta idea es insoportable para muchas feministas, para quienes la dominación masculina debe ser desde el principio sin excusas — arbitraria y moralmente reprochable. Al igual que la dominación de los blancos sobre los negros, la dominación masculina debe ser producto de la historia y de la ideología. No obstante, no es posible equiparar racismo y sexismo porque no existe ninguna diferencia biológica en la que se base el racismo.<sup>7</sup>

También hay que señalar que la dominación masculina no es producto de la coacción física directa de los hombres sobre las mujeres (como ilustraría la caricatura del hombre que arrastra a su mujer por los cabellos en la caverna). Es la división del trabajo resultante de las diferencias entre los sexos lo que ha creado la desigualdad. Los moralistas discrepan, pero en el contexto de extrema privación material que caracterizaba a la humanidad de la época, la división sexual del trabajo era el producto de un esfuerzo cooperativo, que permitía a cada uno aportar lo máximo posible, condición necesaria para la supervivencia. “El principal problema de los cazadores-recolectores y de los primeros agricultores no

---

<sup>7</sup> En realidad, es problemático equiparar la desbiologización de la raza y del sexo, porque el color de la piel no determina ninguna acción humana fuera de un contexto social, mientras que el sexo biológico determina limitaciones que pesan sobre las mujeres en el ámbito de la reproducción, sea cual sea el contexto social. Así pues, si bien hay que denunciar por igual el racismo y el sexismo, no es posible negar la existencia del sexo, mientras que la noción de “raza” carece de base biológica.

era el poder del cónyuge, sino la supervivencia frente a la naturaleza. Si había opresión, procedía más del entorno que del marido”. [TODD 2022, p. 48.]

Al negarse a reconocer la influencia de los factores biológicos, las feministas occidentales contemporáneas confunden el régimen cognitivo con el régimen normativo: como si explicar equivaliera a justificar. Ahora bien, reconocer una diferencia biológica no equivale a afirmar la inferioridad de las mujeres, ni a negar la existencia de factores culturales como la religión, la complejidad de las estructuras familiares o las ideologías que justifican la desigualdad.

El origen de la desigualdad entre hombres y mujeres se encuentra en la naturaleza: al encontrarse las mujeres en una situación de grave desventaja debido a la forma de procrear de la raza humana (embarazo y lactancia), ha surgido una división sexual del trabajo, que inmediatamente se interpretó en términos ideológicos.

Pero esta diferencia biológica sólo determina el estatus de la mujer en la medida en que es significativa desde el punto de vista de las condiciones de existencia de la especie humana. Veremos en un artículo posterior que la revolución industrial cambiará radicalmente nuestras condiciones materiales de existencia hasta el punto de que las diferencias biológicas dejarán de ser significativas. En estas nuevas condiciones, ya no hay ninguna razón objetiva para que las mujeres sean dominadas y, de hecho, hemos visto cómo las mujeres se emancipaban.

Concluiré esta primera parte citando a Friedrich Engels, quien, refiriéndose a Hegel en el *Anti-Dühring* [1973, pp. 142-143] nos recuerda que “[l]a libertad es la intelección de la necesidad”. Por lo tanto, intentar comprender cómo las leyes de la naturaleza han sustentado la dominación masculina es un paso esencial hacia la emancipación de las mujeres. Comprender las leyes de la naturaleza significa darnos los medios para liberarnos de ellas. Es identificando los determinantes biológicos de la dominación masculina como podremos superarlos.

## Bibliografía

[AUGEREAU *et al.* 2021] «Lady Sapiens : les femmes préhistoriques, d'un stéréotype à l'autre ? », Hal.

[BEAUVOIR 1976] *Le Deuxième sexe*, tome 1, Paris, Gallimard.

[DARMANGEAT 2022] *Le communisme primitif n'est plus ce qu'il était. Aux origines de l'oppression des femmes*, Toulouse, Smolny.

[ENGELS 1973] *Anti-Dühring*, Paris, Éditions sociales (première édition en 1878).

[GUILLAUMIN 1978] « Pratique du pouvoir et idée de Nature (1) L'appropriation des femmes », *Questions féministes*, 1978, 2, p.5-30.

[HAAS *et al.* 2020] « Female hunters of the early Americas », *Science Advances*, 6 (45).

[HARARI 2015] *Sapiens. Une brève histoire de l'humanité*, Paris, Albin Michel.

[HÉRTIER 1984] « Le sang du guerrier et le sang des femmes. Notes anthropologiques sur le rapport des sexes », *Cahiers du GRIF*, p. 7-21.

[HÉRTIER 1996] *Masculin/féminin*, tome 1, Paris, Odile Jacob, 1996.

[NICOLSKI 2023] *Féminicène*, Paris, Fayard.

[ROCHEFORT 2018] *Histoire mondiale des féminismes*, Paris, Presses universitaires de France.

[TABET 1979] « Les Mains, les outils, les armes », *L'Homme, revue française d'anthropologie*, p. 5-61.

[TODD 2022] *Où sont-elles ? Une esquisse de l'histoire des femmes*, Paris, Seuil.

[TOURAILLE 2008] *Hommes grands, femmes petites : une évolution coûteuse*, Paris, Éditions de la Maison des sciences de l'homme.